

Entre la literatura y el análisis socio-histórico. La sombra del caudillo, de Martín Luis Guzmán.

María Terán.

Cita:

María Terán (2012). *Entre la literatura y el análisis socio-histórico. La sombra del caudillo, de Martín Luis Guzmán. VII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-097/565>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRxp/W5s>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

VII Jornadas de Sociología de la UNLP
"Argentina en el escenario latinoamericano actual:
debates desde las ciencias sociales"
La Plata, 5, 6 y 7 de diciembre de 2012

EJE

El placer del texto: sociología, literatura y subjetividades en torno al campo literario y las prácticas de lectura

PONENCIA

Entre la literatura y el análisis socio-histórico. *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán

María Terán (IIGG/FSOC/UBA)
teranmaria@gmail.com

Introducción

Algunas obras literarias permiten ser utilizadas como fuentes para ilustrar conceptos sociológicos y para analizar procesos socio-históricos. Este trabajo propone considerar *La sombra del caudillo*, del intelectual, narrador y ensayista Martín Luis Guzmán (1887-1976), como documento histórico de una de las épocas más candentes de la historia política mexicana: la década de 1920, en particular los sangrientos enfrentamientos y las luchas generadas por la ambición de poder a las que se asistió durante el período posrevolucionario.

Esa consideración implica el riesgo de analizar este clásico de la literatura mexicana como retrato de un período de la realidad histórica de México y soslayar entonces el carácter literario propio de una obra narrativa, así como su valor artístico autónomo. Si bien Guzmán reconoció¹ que la noticia del asesinato en Huitzilac del general sonoreense Francisco R. Serrano y de sus partidarios –ocurrido el 3 de octubre de 1927–, junto con algunas de las experiencias derivadas de su participación en la etapa armada de la Revolución Mexicana funcionaron como disparadores de su escritura, sin olvidar que prácticamente todos los personajes de la trama poseen un referente real –con excepción de Axkaná González–, la definición del texto como novela realista de ningún modo agota su significación. En su

¹ Entrevista con Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, en Rafael Olea Franco, "La sombra del Caudillo: la definición de una novela trágica", *La sombra del caudillo*, Francia, Colección Archivos, 2002, p. 453, nota 5.

carácter híbrido de novela, relato histórico y texto autobiográfico, la consideración de esta obra en los términos aludidos implica preguntarnos como fuente de qué operaría: ¿funcionaría como correlato de la experiencia de Guzmán como hombre de acción política, cuya actividad comenzó en mayo de 1911 en las sangrientas manifestaciones maderistas de la ciudad de México que concluyeron con la caída del Porfiriato, o bien como resultado del trabajo de un reportero clave de la Revolución Mexicana, lo que lo convertiría, en palabras de Carlos Monsiváis, en el más grande reportero de dicha revolución? Por último, ¿podría operar como texto político cuyo propósito reside en mostrar de qué manera se ejercía la política en México, y cómo funcionaban la maquinaria y los misteriosos resortes del poder?

Literatura de la Revolución Mexicana

En palabras del historiador mexicano Javier Garcíadiego, “la Revolución Mexicana fue un complejo proceso sociocultural y político-militar caracterizado por violentos enfrentamientos entre las principales clases sociales y que se expresó a través de la lucha contra los aparatos militares y políticos del antiguo régimen”, encabezados tanto por Porfirio Díaz como por Victoriano Huerta. Asimismo, se trató de un “proceso de renovación en los ámbitos culturales, educativos e intelectuales”.² En el caso de la nueva producción literaria, *Los de abajo*, de Mariano Azuela (1873-1952), es considerada la principal obra de ruptura con respecto a la producción anterior.

Junto a otros intelectuales como Alfonso Reyes, Isidro Fabela y José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, hijo de un militar federal, formó parte del grupo de intelectuales que, vinculados al Ateneo de la Juventud, tuvieron un papel destacable en el proceso revolucionario. Desde el tiempo de su segundo exilio (1924-1936), transcurrido sobre todo en la ciudad de Madrid –que en México estuvo enmarcado por el pasaje del imperio de las personalidades caudillescas al de las instituciones–, entre fines de mayo de 1928 y principios de noviembre de 1929 Guzmán publica por entregas en los periódicos estadounidenses *La Opinión* y *La Prensa* y en el mexicano *El Universal* la versión periodística de lo que se convertiría, con una serie de modificaciones, en la novela editada en España por Espasa-Calpe. Tanto *La sombra del caudillo*, que vio la luz en 1929, como la crónica histórica titulada *El águila y la serpiente*, publicada un año antes, están inscriptas en el marco de una tendencia narrativa llamada Novela de la Revolución. Contaminada por el tono cultural de la época, dicha tendencia se caracteriza por el pesimismo y la desesperanza en relación con los

² Javier Garcíadiego, “Los intelectuales y la Revolución Mexicana”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2010, p. 31.

alcances de la transformación nacional. Como afirma Antonio Castro Leal –uno de los continuadores de la renovación cultural iniciada por el Ateneo de la Juventud–, la novela de la

Revolución Mexicana [abarca] el conjunto de obras narrativas [...] inspiradas en las acciones militares y populares, así como en los cambios políticos y sociales que trajeron consigo los diversos movimientos (pacíficos y violentos) de la Revolución.³

Junto a la mencionada *Los de abajo* (1915), de Mariano Azuela, *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1931), de Rafael F. Muñoz y *Cartucho* (1931), de Nellie Campobello, por citar unos pocos ejemplos, las dos obras de Guzmán constituyen una importante serie dentro del conjunto de la literatura del siglo XX en lengua española.

Enmarcada en la tradición mencionada, *La sombra del caudillo* recrea una serie de tópicos presentes en algunas de las obras fundacionales de la literatura argentina, entre ellos, la contraposición que se establece entre la élite letrada y la élite de los caudillos. No resulta entonces descabellado comparar la novela de Guzmán con el *Facundo* de Sarmiento. Como reflexionara José Vasconcelos acerca del período revolucionario, “De pronto se hacía realidad otra vez en nuestro suelo el tipo del *Facundo* de Sarmiento”, lo que implicaba que México había retrocedido a la época de los caudillos de comienzos del siglo XIX.⁴

Para establecer la comparación, en la extensa obra de Sarmiento es posible trazar un recorrido que, partiendo desde el *Facundo* y llegando hasta *Campaña en el Ejército Grande*, sin excluir *Argirópolis*, nos permita analizar aquella contraposición en el marco de un eje fundamental: el pasaje, movimiento o transformación que tiene lugar desde la oposición central planteada en el *Facundo* –instituciones civilizadas versus caudillaje– (que erige lo bárbaro en términos del mayor enemigo de la causa civilizatoria y modernizadora de las ciudades), hasta la ilusión depositada en la eficacia de la unión de los saberes propios de ambos bandos: el saber militar y el saber letrado. Para vencer a Rosas, los exiliados argentinos –a cuya cabeza se ubica Sarmiento con la publicación de *Argirópolis*– deben estar dispuestos a pactar con los caudillos militares, representantes del poder y de la autoridad, o al menos con uno de ellos, el general Urquiza. Sin embargo, como resultado de la mediocridad que Sarmiento atribuye al jefe militar, el tratamiento de su figura carece de la tensión que se advierte en la descripción de Facundo Quiroga, ante quien Sarmiento se muestra fascinado

³ Antonio Castro Leal, “Introducción”, en *La novela de la Revolución Mexicana*, México, Aguilar, 1965, t. I, p. 17.

⁴ David A. Brading, “Introducción”, en *Caudillos y campesinos en la Revolución mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 14.

cuando lo percibe como hombre natural, y por lo tanto pasional, instintivo, y rápidamente horrorizado cuando advierte en él al enemigo político de su proyecto de nación, porque en el caso de Facundo se da la paradoja de que el grande hombre es un bárbaro. El tratamiento de esta figura constituye un ejemplo sumamente ilustrativo de la tensión mayor que recorre el *Facundo* en torno de la antinomia Civilización/Barbarie, entre el canon romántico –al que Sarmiento adscribe– y el proyecto modernizador, del que es uno de los máximos representantes. Tracemos aquí un paralelo: en palabras de Monsiváis, la novela de Guzmán expresa un rechazo cultural en tanto el intelectual mexicano “no acepta el tipo de hombre creado por la Revolución, lo considera básicamente un bárbaro, una irrupción”.⁵

Otro paralelo: la paradoja que implica la participación del caudillo entrerriano, encarnación de la barbarie, como estrategia para derrocar al tirano y erigir el triunfo de la causa de la organización nacional –aunque dicha alianza haya sido finalmente inviable– caracteriza asimismo un período de la historia mexicana: durante los años de 1920 y 1934, entre el lanzamiento del Plan de Agua Prieta por los gobernadores y los militares sonorenses, que desconoció al gobierno de Carranza, y el momento en que Lázaro Cárdenas asumiera su mandato como presidente, México asistió al proceso de pacificación y de institucionalización de las fuerzas desatadas por la violencia de la década anterior, derrotero que concluiría en el traspaso pacífico e institucional del poder. En palabras de los historiadores Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer,

la paradoja de ese tránsito hacia el imperio de las instituciones y el fin de los caudillos, es que no pudo darse sino por el concurso de dos presencias fundamentalmente caudilliles y personalistas [Obregón y Calles]. Fue una modernización política del siglo XX conducida por una reminiscencia caudillista del siglo XIX.⁶

Ahora bien, en la novela de Guzmán que nos ocupa, la dicotomía entre el protagonista, Ignacio Aguirre –ministro de Guerra del régimen del Caudillo–, y su amigo íntimo, Axkaná González –diputado federal–, se da en los términos establecidos por el hábil y pragmático militar frente al lúcido e idealista pensador:

⁵ Carlos Monsiváis, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en *Historia general de México*, México, Colegio de México, 1976, vol. IV, p. 382.

⁶ Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución Mexicana*, México, Cal y arena, 1989, p. 91.

Aguirre hablaba envolviendo sus frases en el levísimo tono de despego que distingue al punto, en México, a los hombres públicos de significación propia. A ese matiz reducía, cuando no mandaba, su autoridad inconfundible. Axkaná, al revés: dejaba que las palabras fluyeran, esbozaba teorías, entraba en generalizaciones y todo lo subrayaba con actitudes que a un tiempo lo subordinaban y sobreponían a su interlocutor, que le quitaban importancia de protagonista y se la daban de consejero. *Aguirre era el político militar; Axkaná, el político civil; uno, quien actuaba en las horas decisivas de las contiendas públicas; otro, quien creía encauzar los sucesos de esas horas o, al menos, explicarlos.*⁷

Como correlato inmediato de dicha dicotomía, Aguirre es el hombre de acción y sus movimientos están guiados por la pasión, por el instinto; Axkaná, en cambio, encarna al ser contemplativo, “no creía en el instinto, sino en la razón”,⁸ por lo que sus acciones son conducidas a través del móvil del raciocinio. Más aun, es este último quien según el propio Guzmán hace las veces del coro en la tragedia griega y, como tal, “procura que el mundo ideal cure las heridas del mundo real”.⁹ En tanto conocedor del sentido de los hechos que se van desencadenando en el mundo griego, es el coro el que comenta las acciones de los héroes trágicos cuyo destino escapa a su conocimiento y depende por completo de la decisión de los dioses. Como representante del coro griego, Axkaná González es quien a más de ser el depositario de la conciencia revolucionaria ha sido dotado de una suerte de don visionario que lo torna capaz de vislumbrar claramente “la verdad nacional” subyacente bajo el velo hipócrita que caracteriza el comportamiento de los políticos mexicanos.

En el capítulo IV del Libro primero, titulado “Banquete en el bosque”, es posible leer la pretensión descifradora de Axkaná de esta suerte de enigma que rodea la política mexicana (y que podría funcionar como un eco de la evocación sarmientina de la sombra de Facundo Quiroga como poseedor de “la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas”¹⁰ de la República Argentina):

E igual los otros: todos participaban de la misma vibración, hasta Axkaná. Éste, actor y espectador, trataba de penetrar la esencia de aquellas emociones, que también a él lo alcanzaban. Viendo el ardimiento de los otros, que era el suyo, hubiese querido poder

⁷ Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, *op. cit.*, p. 5. [El subrayado es nuestro.]

⁸ *Ibid.*, p. 36.

⁹ Martín Luis Guzmán citado por Emmanuel Carballo, *op. cit.*, p. 462.

¹⁰ Domingo F. Sarmiento, “Introducción”, en *Facundo*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1994, p. 55.

coordinar las expresiones apasionadas de cuantos le rodeaban, para leer en ellas, como en las letras de un lenguaje escrito, la verdad nacional que pudiera esconderse debajo de todo aquello.¹¹

Configuración de un escenario social

El carácter documental de la novela no reside tanto en si su trama recrea acontecimientos efectivamente ocurridos, es decir, el levantamiento delahuertista y el asesinato de Francisco R. Serrano y de sus partidarios, que Guzmán confiesa haber fusionado en su escritura, sino que su pretensión verídica estaría cifrada en función de la configuración del campo social y de los distintos tipos o figuras que lo constituyen, y que se hallan representados por los diversos personajes que pueblan este universo de lucha sanguinaria por el poder político. Esa lucha se traduce en la ambición por suceder al Caudillo en el cargo presidencial, que constituye el nudo central de la trama. Analicemos a continuación dichos tipos.

En primer lugar, aparece la figura del dictador, representada por el Caudillo:

tenía unos soberbios ojos de tigre, ojos cuyos reflejos dorados hacían juego con el desorden, algo tempestuoso, de su bigote gris.¹²

Esta descripción física coincide con los rasgos del dictador Álvaro Obregón que leemos en *El águila y la serpiente*, uno de los hombres más poderosos de la Revolución que llegó a comandar el Ejército del Noroeste y quien operó como referente del escritor:

De sus ojos –de reflejos dorados, evocadores del gato– brotaba una sonrisa continua que le invadía el rostro. Tenía una manera personalísima de mirar al sesgo, como la mirada riente tendiese a converger, en un punto lateral situado en el plano de la cara, con la sonrisa de las comisuras de la boca.¹³

Por otra parte, en la novela leemos parafraseada una expresión atribuida al modelo real del personaje, que se tornó muy popular para describir la corrupción que operaba en la política mexicana:

¹¹ Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, op. cit., p. 33.

¹² *Ibid.*, p. 46.

¹³ Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, Barcelona, Casiopea, 2000, p. 82.

En México, Olivier, no hay mayoría de diputados o senadores que resista a las caricias del Tesorero General.¹⁴

Ahora bien, aunque el Caudillo sólo se presenta en dos escenas, se percibe su poder, que abarca el país entero y le permite manejar el destino de los políticos civiles y militares como si se tratara de marionetas. En su carácter de representante de una de las mayores encarnaciones de la barbarie americana, el caudillo despliega el terror como principal sistema de gobierno. En este punto, el título de la novela resulta significativo: esta figura no necesita asistir a los sitios donde se llevan a cabo crímenes y crueldades para que su sistema de terror resulte eficaz, ya que desde el lugar omnipresente que ocupa en su calidad de espectro dicta a sus partidarios y a sus enemigos las órdenes y las disposiciones políticas para que sean acatadas:

ocurría todo como si en el drama profundo que estaba desarrollándose los personajes no obraran de propia iniciativa —obedientes a sus impulsos, a su carácter—, sino que tan sólo siguieran, simples actores, los papeles trazados para ellos por la fuerza anónima y multitudinaria. Los obligaba ésta, *desde la sombra*,¹⁵ a aprender su parte, a ensayarla, a realizarla.¹⁶

El terror se perfila como uno de los principales tópicos de la literatura de dictadores y dictaduras, de la que la novela de Guzmán también es tributaria, y se presenta como el resorte del orden impuesto por el Caudillo.

Frente al Caudillo aparece la figura del político militar, representada, entre otros personajes, por el protagonista, Ignacio Aguirre, por Encarnación Reyes, López de la Garza, Emilio Olivier Fernández y Catarino Ibáñez, quienes a su vez se incluyen en el colectivo soldados de la Revolución, en tanto han participado de las sangrientas luchas armadas que comenzaron con la rebelión maderista en noviembre de 1910, y se han convertido luego en gobernadores o ministros. El opositor político de Aguirre, candidato a la presidencia avalado por el Caudillo y ministro de Gobernación, Hilario Jiménez, también pertenece al grupo de los políticos militares. Con la excepción del ministro de Guerra —Aguirre—, cuya negativa a presentar su candidatura en oposición al candidato del Caudillo reside en no quebrantar su

¹⁴ Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, op., cit., p. 69.

¹⁵ El subrayado es nuestro.

¹⁶ *Ibid.*, p. 186.

vínculo con quien ha sido su jefe y amigo y está basada en una actitud sincera, a la hora de revelar su adhesión a uno u otro de los aspirantes a ocupar la silla presidencial estos personajes se caracterizan por el titubeo y la actitud laberíntica:

[...] guardaban [...] la reserva indispensable para el buen éxito de las armas en la hora suprema. Es decir, que la naturaleza de su función constreñía a los políticos militares a comportarse con doblez y les consentía jugar, hasta el último instante, con una y otra posibilidades. Los más de ellos engañaban, de hecho o en apariencia, a los dos bandos: permanecían semiocultos en la sombra, se mostraban turbios, vacilantes, sospechosos.¹⁷

El comportamiento de los políticos civiles, por el contrario, reside en manifestar de manera ostensible su adhesión a uno u otro de los bandos en pugna. Estas figuras tenían o aspiraban a conseguir alguna diputación, un cargo de gobernador o de concejal y por ello proclamaban las virtudes de su grupo por sobre las del enemigo.

Frente a ambos tipos sociales, representantes del poder político civil y militar, se perfila la figura del intelectual, que, como mencionamos, encuentra en el personaje de Axkaná González su representante cabal. Como encarnación del hombre de saber, esta figura esgrime la palabra como arma de combate. En el discurso que dirige a la multitud, este maestro de la oratoria no se refiere a los candidatos políticos en cuestión sino a otros asuntos:

En su discurso no vivían los conceptos: vivían las palabras como entidades individuales, estéticas, reveladoras de lo esencial por la sola virtud de su acción inmediata sobre el alma; y vivía con ellas cuanto les formaba marco en la persona del orador. La luz que iba haciéndose en la masa de indios allí reunida era obra de la calidez misteriosa de los vocablos de Axkaná y del ritmo de sus frases; pero nacía también del timbre de la voz del orador, de la elocuencia de su sinceridad, de la simpatía comunicativa de sus ademanes y hasta del fulgor, intensamente franco y expresivo, de sus ojos, que brillaban más verdes bajo los rizos de su cabellera en desorden.¹⁸

¹⁷ *Ibid.*, p. 44.

¹⁸ *Ibid.*, p. 90.

La descripción de la multitud –otro de los tipos que pueblan el universo social de la obra– tiene lugar en dos apartados del Libro tercero, que llevan el título de “Manifestación” y “Convención”. En el primero, cuyo escenario es la ciudad de Toluca, se narra la asamblea política llevada a cabo por el Partido Radical Progresista, liderado por Emilio Olivier Fernández. El propósito de la convocatoria es acordar con los delegados políticos del partido quiénes serán los candidatos a las bancas legislativas, así como postular la candidatura presidencial de Aguirre. Los hombres presentes en la convención son en su mayoría humildes campesinos e indios pobres que ignoran por completo la verdadera naturaleza de los hechos y, por lo tanto, son manipulados y arrastrados por los delegados provinciales a participar en la asamblea a cambio de comida y de bebida. Como resultado de su ignorancia, a la hora de celebrar a los candidatos, los miembros de la multitud se presentan aferrados mecánicamente a los vivos y mueros señalados de antemano por sus jefes y confunden el nombre y el apellido de los postulantes:

A veces, los coregas, no bastante familiarizados con los nombres de sus héroes, se equivocaban en parte:

—¡Viva Ignacio Jiménez! —gritaban.

O bien: —¡Muera Hilario Aguirre!¹⁹

Ahora bien, en la novela, ni los políticos más encumbrados del partido ni los delegados provinciales –caracterizados por el narrador como “mangoneadores políticos”– se ocupan de formular y de embanderar las demandas de las clases humildes que los apoyan para, una vez en el poder, encaminar sus acciones hacia la satisfacción de las mismas; antes bien, la mayoría de los partidos que surgieron con la Revolución Mexicana –al decir de Aguilar Camín y de Meyer– tuvieron poca relación con las masas, en tanto fueron en gran medida “partidos de notables”: se formaron y actuaron alrededor de ciertas personalidades y operaron más como un camino para promover los intereses particulares de sus líderes que como verdaderos representantes de intereses más generales y permanentes.²⁰

La política en México conjuga un único verbo

Con su novela de carácter urbano y estructura circular –el relato se abre y se cierra con la imagen de un automóvil como símbolo de la virilidad y del poder–, Martín Luis Guzmán

¹⁹ *Ibid.*, p. 86.

²⁰ Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, *op. cit.*, p. 125.

logró reproducir la atmósfera trágica y fratricida de los años de dominio obregonista (1921-1928), que corresponden a la segunda parte de la trilogía novelística en la que se había propuesto plasmar la “Revolución convertida en régimen de gobierno”. La fórmula construida a partir del verbo “madrugar” opera como condensadora privilegiada de dicha atmósfera, al tiempo que constituye la pulsión central de la novela:

—O nosotros le madrugamos bien al Caudillo —decía Olivier— o el Caudillo nos madruga a nosotros; en estos casos triunfan siempre los de la iniciativa. ¿Qué pasa cuando dos buenos tiradores andan acechándose pistola en mano? El que primero dispara, primero mata. Pues bien, la política en México, política de pistola, sólo conjuga un verbo: madrugar.²¹

Como única ley que rige el mundo político mexicano, la idea de “madrugar” constituye un tópico recurrente de la obra. El novelista logró reconstruir la atmósfera de fatalidad trágica que envuelve al personaje de Ignacio Aguirre —inspirado en este caso por Adolfo de la Huerta—: arrastrado por el remolino de la sucesión presidencial y frente a sus propias declaraciones de que no competiría por la primera magistratura, crispado por la campaña de desprestigio desatada luego de su renuncia a la secretaría de Guerra, Aguirre finalmente decidió aceptar la candidatura que le ofrecían sus partidarios y en la que debía enfrentarse con Hilario Jiménez —Plutarco Elías Calles— y con el Caudillo. Al ser detenido y traicionado por los generales que fueran sus compañeros de armas de la primera hora, a quienes estaba estrechamente vinculado por los riesgos que implicara la lucha armada —aquí el personaje comparte rasgos de De la Huerta y de Francisco R. Serrano—, Aguirre reproduce el citado aforismo:

Una palabra se le formuló sola en el pensamiento, y sola se silabeó allí. Sus labios la tomaron entonces y la repitieron en susurro: “madrugar”; tras lo cual su pensamiento, cogiendo la palabra de nuevo, vino a hilvanarla en una idea: “La política mexicana no conjuga más que un verbo: madrugar”. Aguirre recitaba, para sí, el supremo aforismo político de Olivier Fernández.²²

²¹ Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, op. cit., pp. 187-188.

²² *Ibid.*, p. 207.

A través de este texto clave de la Literatura de la Revolución Mexicana, el intelectual chihuahuense logró transmitir cierto aire de desencanto con respecto al mundo de la política. Aunque tanto la Constitución de 1857 como la de 1917 definían los partidos políticos como las organizaciones clave para alcanzar el poder por la vía democrática, éste continuaría adquiriéndose por la fuerza. Aun más, ni siquiera a partir de 1920, cuando ya regían las garantías constitucionales, esta circunstancia se habría modificado: la fuerza continuaba siendo el único móvil de acceso y sostenimiento del poder. En este sentido, la coyuntura política no habría variado con respecto a la época de Porfirio Díaz. La visión desencantada del proceso revolucionario constituye el rasgo unificador de la llamada novela de la Revolución Mexicana:

[Aguirre] —Ahora sí, te lo aseguro, me han colmado el plato. Pero no lo tolero una hora más. ¡Ni un minuto más! Esta misma noche estarán en mi poder las pruebas de la trama, y mañana... Mañana ocurre una de dos cosas: o renuncia Hilario Jiménez, o renuncio yo después de romper con el Caudillo. ¿Quieren a fuerza que luchemos? Pues iremos a la lucha; que, al fin y al cabo, en política, en México, todos pierden. Veremos ahora a quién le toca.²³

Concluyendo provisoriamente

A diferencia de otras revoluciones latinoamericanas que tuvieron como antecedente a la Revolución Rusa, la mexicana ofició como pionera y como guía del derrotero que otras naciones de América Latina deberían recorrer. Fue la Revolución Mexicana la que trazó una de las características de los intelectuales del siglo pasado: a diferencia de casi todos los intelectuales latinoamericanos, Garciadiego nos advierte que los mexicanos no debieron reflexionar sobre revoluciones ajenas; antes bien, “tuvieron que diseñar, moldear y defender su propio proceso, lo que seguramente debilitó su perspectiva internacional”.²⁴ Hacia fines de 1915, cuando la facción carrancista gobernaba la mayor parte del territorio nacional, Venustiano pronunció un discurso en Matamoros muy significativo desde el punto de vista ideológico, en el que le atribuye al movimiento revolucionario el carácter de precursor: “el movimiento revolucionario aspira a que México sea el alma de las demás naciones que padecen los mismos males que los mexicanos padecemos en el pasado [...]. Las naciones

²³ *Ibid.*, p. 137.

²⁴ Javier Garciadiego, “Los intelectuales y la Revolución Mexicana”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, op. cit., pp. 31-32.

latinoamericanas tendrán que seguir en el futuro el camino trazado por México con su Revolución”.²⁵

La guerra civil desarmó al grupo del Ateneo y marcó el derrotero de las vidas de sus integrantes. Formados en los ideales de la Grecia clásica, la Revolución encarnó para ellos el desastre. Como el padre de Alfonso Reyes, el de Guzmán –coronel Martín L. Guzmán Rendón– murió a manos de las fuerzas maderistas durante un combate en el que defendía al ejército federal. Sin embargo, la revolución delineó un camino diferente para ambos: mientras Alfonso Reyes se alejó por completo del mundo de la política, Guzmán hizo de la política no sólo una forma de vida, sino también de inspiración literaria. La obra guzmaniana puede ser leída como correlato de la experiencia política de Guzmán, o bien como una extensa crónica de la Revolución Mexicana. Más aun, consideramos que puede operar como un texto de carácter político que, por un lado, nos instruye acerca del funcionamiento de la política y del poder en el México de las primeras décadas del siglo xx y, por el otro, intenta plasmar la creencia según la cual escribir también puede ser una forma de modificar la realidad.

Bibliografía

Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución Mexicana*, México, Cal y arena, 1989.

Brading, David A., *Caudillos y campesinos en la Revolución mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Castro Leal, Antonio, *La novela de la Revolución Mexicana*, México, Aguilar, 1965, t. I.

Garciadiego, Javier, “Los intelectuales y la Revolución Mexicana”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2010.

Guzmán, Martín Luis, *El águila y la serpiente*, Barcelona, Casiopea, 2000.

—, *La sombra del caudillo*, Francia, Colección Archivos, 2002.

Monsiváis, Carlos, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo xx” en AA.VV., *Historia general de México*, México, Colegio de México, 1976, vol. IV

—, “Martín Luis Guzmán, el más grande reportero de la Revolución Mexicana se ha ido”, en Negrín, Edith, “Recepción de *La sombra del Caudillo*”, en Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, Francia, Colección Archivos, 2002.

Olea Franco, Rafael, “*La sombra del Caudillo*: la definición de una novela trágica”, en Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, Francia, Colección Archivos, 2002.

²⁵ Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, México/Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1960, tomo 2, p. 190.

Quintanilla, Susana, *A salto de mata. Martín Luis Guzmán en la Revolución mexicana*, México, Tusquets, 2009.

Sarmiento, Domingo F., *Facundo*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1994.

Silva Herzog, Jesús, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, México/Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1960, 2 tomos.